

*maiora y sacramenta minora*, y que el teólogo Y. Congar ha utilizado en perspectiva ecuménica dejando constancia de que existen dogmas capitales, grandes concilios ecuménicos y sacramentos principales. Se juzgue como se juzgue esta toma de postura, de lo que no cabe duda es que la de H. J. Sieben es una de las voces más autorizadas en el panorama mundial para abordar estos interrogantes recientes que afectan gravemente a la noción «concilio ecuménico».—S. MADRIGAL TERRAZAS.

DEL CAMPO, CRISTIÁN, *Dios opta por los pobres. Reflexiones teológicas a partir de Aparecida* (Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2010), 171p., ISBN 978-956-8421-41-0.

El jesuita Cristián del Campo nos pone en contacto con un tema que algunos consideran parte del pasado o el tópico principal de una corriente teológica ligada a una visión de mundo que habría llegado a su fin con la caída del muro de Berlín. La intuición central de este texto es que la opción por los pobres no solo tiene una vigencia incontestable para la Iglesia hoy —y no sólo en las regiones más pobres del mundo—, sino ante todo que ella tiene un carácter fundamental y literalmente *teológico*. El adjetivo «teológico» significa, en este concreto contexto, que la existencia de los pobres es para los cristianos una realidad que remite directamente al Dios de Jesucristo, que nos habla de Él y, es más, que nos lo manifiesta, nos lo revela de un modo eminente y, así, constituye un *lugar* privilegiado para encontrarnos con Él y seguirlo.

En la introducción del libro, Cristián del Campo nos hace presente, con gran acierto, la pregunta de fondo que se hiciera en su momento Gustavo Gutiérrez: «¿Cómo decirle al pobre que Dios lo ama? Es decir, ¿cómo puede ser posible decir una palabra sobre Dios —hacer *teo-logía*—, sobre un Dios que es amor, en una situación que o es totalmente absurda o niega rotundamente lo que se quiere afirmar?» (p.12). Como es sabido, en Latinoamérica esta pregunta se planteó en el contexto más amplio de la recepción del Concilio Vaticano II y sobre todo de su eclesiología del pueblo de Dios que se entiende inserto en el mundo y partícipe de sus gozos, esperanzas y sufrimientos. Esa autocomprensión cristiana y eclesial tiene como momento fundacional una auténtica teología de los signos de los tiempos (GS, 4), es decir, la convicción de que el Dios de Jesucristo sigue hablándonos y llamándonos en y a través de la historia, mediante vestigios de su Reino que hay que discernir en actitud atenta. Cristián del Campo nos recuerda «el talante espiritual de la Iglesia latinoamericana, que, acogiendo el soplo del Espíritu, se planteó honesta y radicalmente estas preguntas, las llevó de vuelta a Dios y en ese nuevo encuentro comprendió que, a imagen del Dios revelado en Jesucristo, estaba llamada a optar preferencialmente por los oprimidos y excluidos, opción que significó un aporte decisivo desde Latinoamérica al magisterio universal» (*loc. cit.*). Pero esto que en la Iglesia latinoamericana puede considerarse «una conquista sin vuelta atrás», constituye al mismo tiempo, para el autor, «una conquista valorada solo a medias» (*loc. cit.*). Esta percepción marca la intuición básica de todo el libro.

El autor parte destacando que la índole teológica de la opción por los pobres puede y debe reconocerse en sus fundamentos en la Sagrada Escritura, en la Tradición y, de un modo especial, en el Magisterio de la Iglesia latinoamericana, así como en su desa-

rrollo y afianzamiento persistente en ese Magisterio. Con todo, una tesis importante del texto es que «la última conferencia del episcopado latinoamericano en Aparecida, desafortunadamente, no logra captar plenamente lo teológico de esta opción, lo que le impide desarrollar una teología dinamizada por la perspectiva y praxis de los pobres...» (p.13). Parte medular de este libro consistirá, precisamente, en el esfuerzo por comprobar esta tesis y por aportar perspectivas para recuperar la densidad teológica de la noción de la opción por los pobres.

A partir de estas ideas básicas, se despliega ante nosotros un texto conciso, más bien breve y de estructura muy clara. Además de la introducción, está compuesto por cuatro capítulos y una conclusión. El primer capítulo es básicamente una delimitación conceptual de las nociones de «pobre» y «pobreza» y de «opción preferencial» por los pobres; cuestiones decisivas para precisar la mirada propiamente cristiana y teológica sobre el tema. El capítulo segundo es una visión histórica de conjunto de la noción de opción por los pobres en el cristianismo, la cual parte por los fundamentos bíblicos y llega hasta su formulación en las conferencias generales del episcopado latinoamericano, pasando por su raigambre en la Tradición y su sistematización específica en la Doctrina Social de la Iglesia. El tercer capítulo se detiene en el tratamiento de la opción por los pobres en la Conferencia de Aparecida, y en este contexto desarrolla la tesis antes mencionada acerca del tenor de la aproximación del documento final de esta conferencia a nuestro tema. Por último, el capítulo cuarto es un momento de síntesis, a la vez que de esbozo de perspectivas para una comprensión actual de dicha opción en su índole propiamente teológica; ello, a partir de la intuición eclesiológica básica de Aparecida: la autocomprensión de la Iglesia latinoamericana como comunidad de discípulos-misioneros, volcados al mundo a partir de una «cristología desde los pobres». La opción por los pobres puede ser el punto de partida de dicha autocomprensión de los discípulos-misioneros, en la medida en que se reconozca que ella no solo deriva de la fe en Jesucristo, sino que, antes que eso, posibilita «un acceso más profundo a la revelación de Dios en Jesucristo» (p.79). Lo dicho implica, para el autor, una «circularidad hermética» que obliga a una comprensión y a un uso más cauteloso del método ver-juzgar-actuar. La conclusión refleja el tenor general del texto: es concisa y va a lo esencial, dejando más bien planteadas algunas intuiciones de fondo para seguir reflexionando.

Los editores solicitaron al abogado y académico Fernando Atria escribir un prólogo para este libro. Este prólogo, a decir verdad, tiene consistencia propia en lo esencial de su contenido. Su principal aporte es la reflexión que hace en torno a la que puede ser una buena formulación de la cuestión de fondo del estudio de Cristián del Campo: «la vulnerabilidad de lo humano». En especial, cómo ello es en el cristianismo no solo la ocasión a partir de la cual el creyente puede descubrir su radical necesidad del otro y del Otro con mayúscula, sino, sobre todo, el lugar de la posibilidad misma del encuentro con Dios, que es el Dios del Crucificado-Resucitado. Aplaudo, por ello, este aserto de Atria: «El hombre que nos revela a Dios no es un hombre destacado en ninguno de los sentidos que usamos para atribuirnos o reconocer excelencia o éxito: no es especialmente inteligente, ni especialmente poderoso, ni rico; no fue el primero, sino el último (...) En rigor, la idea es tan absurda que no es extraño que la tentación docetista esté siempre presente» (p.15). Claro: la tentación de creer que, en definitiva, la encarnación y la *kénosis* no son más que una mascarada o simples géneros literarios de aquellos primeros cristianos que se expresaron en el Nuevo Tes-

tamento y que no habrían tenido las capacidades del genio griego para describir quién y cómo es, supuestamente, Dios en su inmensidad...

Con toda probabilidad, este libro apenas si será leído por los pobres, los preferidos de Jesús. Es de esperar, entonces, que al menos tenga mucho fruto a favor de ellos la lectura que podamos hacer de él otros cristianos, más afortunados a la hora de la repartición de los bienes —materiales y morales— de este mundo. En definitiva, ese es el gran desafío que ha planteado y sigue planteando a la Iglesia y al mundo la presencia persistente de los marginados y de los que no tienen nada seguro en qué autoafirmarse frente a los demás: recordarnos que *Dios ha optado por los pobres* y que ello es a la vez un llamado para todos.—FERNANDO BERRIOS MEDEL.

TRUJILLO DÍAZ, LORENZO - LÓPEZ SÁEZ, FCO. JOSÉ, *Meditación sobre la eucaristía* (Verdad e Imagen n.º 174, Sígueme, Salamanca 2008), p.429, ISBN 978-84-301-1684-3.

El sacramento de la eucaristía es siempre actual y está siempre necesitado de un acercamiento permanente a las nuevas generaciones. *Meditación sobre la eucaristía* es mucho más que una meditación. Se trata de un sólido volumen que quiere realizar una presentación de los núcleos fundamentales de la teología eucarística. Para ello, sus autores han decidido hacerlo desde el mirador de los momentos fundamentales en que se han planteado las grandes crisis teológicas del sacramento. Una crisis es siempre un momento de purificación y de discernimiento de la fe. También la eucaristía ha pasado las suyas desde quizá aquel momento en Cafarnaúm en que los discípulos tuvieron sus problemas para entender al Maestro (Jn 6,21ss). Después en la historia las controversias sobre la presencia real en la edad media, las agrias discusiones sobre el sentido sacrificial en pugna con las posturas protestantes y la recuperación tras el Concilio Vaticano II de una adecuada comprensión del banquete eucarístico en el seno de la reforma litúrgica marcan los grandes hitos de la historia del principal sacramento ya que, desde la definición clásica, si todos transmiten la gracia, la eucaristía contiene al Autor de la gracia. Situarse bajo las crisis da paso a vislumbrar y profundizar las tres categorías que han marcado su reflexión a lo largo de la historia: presencia, sacrificio y comunión. De esta manera se encuentra estructurada la obra. No se trata de un libro de novedades, como reconocen sus autores, sino de confirmación de la fe eucarística. Por esta razón, dado su objetivo, el aparato crítico no está muy sobrecargado. El libro se propone y consigue marcar el hilo conductor de la teología de la eucaristía que, desde los datos de la Escritura y la Tradición, han marcado sus crisis y sus cimas. Por este motivo, a pesar de las estructuraciones metodológicas se mantiene siempre una precisa perspectiva unitaria que no desenfoca ni desfigura la profundidad del misterio. Cuando en la teología eucarística se han acentuado en exceso las posturas extremas se ha llegado a una desfiguración del sacramento que ha impedido contemplar la unidad sinfónica de su misterio, llevando a los teólogos a callejones de difícil salida. Las tres categorías que presenta el libro no pueden aislarse ni diseccionarse sin tener en cuenta a las otras dos. Y en cierta medida, logro de la obra es conseguir a lo largo del texto